

Nota: Gabriel J. Zanotti, *ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA CRISTIANA Y ECONOMÍA DE MERCADO*. Madrid: Unión Editorial, 2011\*.

La sencillez de algunos libros no impide a quien los lee descubrir que las ideas expuestas en él abren todo un abanico de virtualidades, que se concretan en un programa de investigación progresivo. Como podrá comprobar el lector en el prefacio de la obra, el profesor Zanotti posee una dilatada trayectoria en el desarrollo de un trabajo de investigación original y creativo: el estudio de la praxeología (en el contexto de la escuela austriaca de economía) a la luz de una reflexión filosófica en el seno de la tradición de Aristóteles y Tomás de Aquino. Lamentablemente, la audacia de esta aproximación no está libre de las suspicacias que suscitan las trayectorias intelectuales que no se pliegan acomodaticamente a los cánones de la profesión académica (y del acceso a los medios de financiación que esta determina). Frecuentemente, estos reparos de tinte formalista no suelen ser más que la racionalización –políticamente correcta– de procesos psicológicos marcados por la incomprensión o las barreras afectivas. Sucede que para los cánones presumidamente científicos de algunas mentes, vincular textos de autores del siglo XX impregnados de tesis neokantianas o empiristas, con conceptos y principios filosóficos clásicos, presentes en la obra de Tomás de Aquino, es poco menos que una temeridad. Pero se produce la siguiente paradoja: quienes critican esto no dudan en vincular –sin los delicados prenotandos hermenéuticos a los que nos tiene acostumbrados el profesor Zanotti–, textos magisteriales con pretendidas aplicaciones prácticas coyunturales, o principios de la ética aristotélica con teorías económicas contemporáneas, sin grandes reparos. Pero no se trata de hacer una crítica de las críticas sino de ofrecer brevemente las ideas centrales de un libro que es, en varios aspectos, *distinto*. Conviene explicar por qué.

Un aspecto positivo que encuentro en este texto es su capacidad para mostrar que se puede hacer un análisis de los problemas económico-sociales contemporáneos, sin que ello exija adoptar una actitud pesimista frente al mundo. Esto no debería ser algo extraño; sin embargo, en el ámbito académico, el pesimismo está mucho más extendido de lo que se cree. La muletilla del “optimismo de la inteligencia, pesimismo de la voluntad”, que no es más que la inversión de la consigna de Gramsci, actualmente reintroducida por Žižek, suele ser un talismán justificativo para este tipo de actitud. Incluso muchos intelectuales cristianos poseen una actitud francamente escéptica a la hora de abordar los problemas vinculados con la economía política contemporánea. Además, esto se agrava por el hecho de que estos analistas manifiestan cierta incomprensión del fenómeno económico, lo que hace que sus análisis caigan en tópicos y lugares comunes a menudo erróneos. En este punto, el parecido de familia de esta actitud con el cinismo pesimista del discurso antisistema posmoderno se hace bastante patente.

De algún modo, el trabajo del profesor Zanotti constituye el marco teórico-conceptual complementario de otros existentes, en los que la relación entre mercado y pensamiento cristiano se ofrece desde la perspectiva historiográfica. Un ejemplo de ello es el libro de Alejandro Chafuen, *Ética y Economía. Raíces cristianas de la economía de libre mercado* (Madrid, Rialp, 1991; reedición

---

\* Una versión abreviada de la presente nota bibliográfica se ha publicado en la *Revista Empresa y Humanismo*, vol. XIV/2, 2011, pp. 121-127, Revista Semestral del Instituto Empresa y Humanismo, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, España.

Madrid, El Buey Mudo, 2009). Ambos trabajos tendrían una relación de complementariedad muy interesante, y su uso conjunto podría ser muy útil como delimitación introductoria, histórica y conceptual, en el estudio de la relación entre pensamiento cristiano y economía de mercado.

La obra expone en cuatro partes los criterios básicos que permiten comprender de modo interdisciplinar, armónico y riguroso la relación entre algunos de los principios básicos de la antropología filosófica cristiana, y el proceso de interacción y cooperación que opera en una economía de mercado. A pesar de su brevedad, se trata de un trabajo de relativa complejidad. En la medida en que el autor quiere evitar repeticiones de conceptos e ideas ya publicadas, las referencias bibliográficas adquieren relevancia ya que permiten comprender con mayor detalle las implicancias y consecuencias de muchos de los argumentos vertidos en el texto.

En el capítulo primero –*Principios básicos*– se desarrolla un punto difícil: la exposición de una visión antropológica cristiana y su relación con un tema usualmente incomprendido, la escasez. El análisis distingue –que no separa ni divorcia– el marco de moralidad que envuelve al fenómeno económico (la bondad y malicia de los agentes que actúan), del problema específicamente económico (qué es lo que hacen los agentes, con relativa independencia de su bondad o malicia, cuando actúan en el mercado). Varios puntos importantes surgen al tratar el tema de la escasez. Señalaré dos. En primer lugar, en tanto se trata de un fenómeno que acaece en el orden humano, no se puede concebir como un problema de índole meramente físico o material. Así como no existe una sexualidad desencarnada de la espiritualidad (aunque existan fenómenos de disociación fruto de acciones inmorales), en rigor, tampoco existen necesidades ‘meramente materiales’ que puedan ser totalmente separadas del marco axiológico y cultural (de nuevo, aunque existan fenómenos de disociación fruto de acciones inmorales). Toda necesidad humana implica la mediación cultural de un ser que es capaz de abrirse a un mundo de vida, que excede el marco de la mera satisfacción instintiva propio del animal. En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, se puede intuir que el problema de la escasez, en el orden humano, abre un marco de solución que permite superar la lógica del juego de suma cero que rige la vida animal, donde un individuo necesita ingerir a otro ser vivo para obtener su alimento. Conforme la perspectiva cristiana, en tanto el ser humano manifiesta una apertura potencialmente infinita, en cierta medida siempre vivirá en un contexto de escasez (bien entendido que no significa necesidad sólo de ‘cosas físicas’). Paralelamente, en tanto el alma humana está abierta al conocimiento universal, el marco potencial de creatividad que se puede aplicar para reducir la escasez también resulta dramáticamente ampliado. Desde la piedra utilizada como instrumento afilado de corte, hasta el ratón de un ordenador, se puede decir que todo instrumento creado por el hombre es fruto de esta capacidad humana de interactuar con el entorno y con otros hombres, creando un mundo cultural en el que se intenta minimizar la escasez.

En el segundo capítulo, titulado *La racionalidad*, se aborda otro asunto intrincado: la relación entre una noción de racionalidad amplia, analógica y la racionalidad tecno-instrumental que impera en la cultura contemporánea. Se trata de un tema recurrente y que a fuerza de repetirlo puede quedar trillado. La versión trillada del asunto sería la siguiente: los resultados que ha generado el desarrollo científico para la ecología moral no son positivos, ello se debe a que se ha comprometido en la empresa una versión reducida y limitada de lo que en verdad es la racionalidad humana. Por lo tanto,

habría que barajar y dar de nuevo, es decir, dar un golpe de timón a la situación actual mediante la reinsertión de una constelación axiológica hasta ahora despreciada. Lo delicado de los enfoques que sólo se limitan a diagnosticar y advertir las carencias de la razón técnica frente a la razón práctica es que, a pesar de las buenas intenciones, si no se ofrecen mayores precisiones, se puede terminar siendo funcional a las posturas antisistema. En efecto, un pensador posmoderno o nihilista, con una axiología diversa, bien podría coincidir en la presentación arriba expuesta. La clave no reside tanto en el diagnóstico de los males que afectan a la sociedad contemporánea cuanto en la capacidad para ofrecer una alternativa concreta, viable y factible. Obviamente, quienes hacen estos diagnósticos pero situados en cosmovisiones cristianas a menudo vislumbran la temida “dictadura del relativismo” que se encuentra al final de este túnel, por lo que generalmente se detienen y buscan otra vía de escape... también en falso. El producto final suele ser una amalgama un tanto confusa en la que se declama un sano uso de la racionalidad pero que en la práctica se termina por adoptar los usos, instrumentos y formas de la racionalidad científica, que se asienta sobre pretendidas ‘certezas’. El enfoque de Zanotti es radicalmente distinto. Se trata de asumir la incertidumbre y la falibilidad del conocimiento humano pero no sólo para hacer lo de siempre, esto es mostrar a través de ello la incompletud de cualquier empresa humana y pretender con ello una especie de vía directa a la trascendencia, a partir de los asuntos humanos. Sin renunciar a la capacidad humana de conocer con verdad (en el orden teórico-práctico) y sin negar la posibilidad de la excelencia y autoridad en el orden moral e intelectual (en el orden de la praxis) Zanotti evalúa sin temores ni prejuicios cuáles son los medios humanos más adecuados para articular la vida personal y comunitaria de hombres falibles que a menudo “no son perfectos en la virtud”. Aceptar sin falsas impostaciones esta realidad y sin por ello introducirse en la deriva posmoderna es uno de los rasgos más lúcidos de la reflexión “zanottiana”.

El dilema de la vida política se debe a que el hombre no ha encontrado (tal vez nunca lo encuentre) el modo de garantizar que las autoridades de gobierno legítimas en una sociedad sean también las mejores personas, desde el punto de vista intelectual y moral. En este punto, la propuesta de Zanotti se enriquece mediante el aporte de la escuela escocesa, que ofrece operatividad a una idea ya presente en el pensamiento cristiano: la asunción de que la mayoría de los hombres no son perfectos en la virtud, pero que no son perfectos demonios tampoco. En la vida política, se trata de asumir esta bondad moral promedio y tratar de entender cuáles son las instituciones y estructuras de cooperación, coordinación e incentivos que mejor se adaptan a esta situación. Aviso para navegantes, un planteo de este tipo no exige la renuncia respecto del llamado a una vida moral de perfección presente en la concepción cristiana, pero ofrece mayor juego para la legítima autonomía relativa de los asuntos temporales, a la vez que previene de los daños que pueden causar quienes pretenden prescribir legalmente (en el sentido de ley humana positiva) todos los deberes morales.

La conexión entre el segundo y el tercer capítulo –*Naturaleza social del hombre y orden espontáneo*– se puede entrever sin dificultad. Si la tarea noble y heroica de ejercer la autoridad, por su propia esencia, no está inmune de las ambivalencias y males que aquejan a cualquier ser humano, se puede intuir que los procesos informales y espontáneos de cooperación, coordinación, colaboración e interacción humanas recibirán un renovado interés. Aquí aparece otro punto complejo

y que a menudo suele ser malinterpretado. Me refiero a los procesos de orden espontáneo que intervienen en la articulación de la vida social. Afirmar la existencia de órdenes espontáneos no supone demonizar las estructuras jerárquicas de gobierno y autoridad que rigen la sociedad humana. Tampoco se trata de afirmar que todo proceso de interacción es beneficioso por el simple hecho de ser espontáneo (bien sabido es que existe el problema de *la tragedia de los comunes*). Desde la teología natural, existen instrumentos conceptuales que permiten concebir procesos que pueden ser ordenados en un sentido (en el orden de la causa primera), aunque, desde otra perspectiva, sean espontáneos en su génesis (en el orden de las causas segundas). Sencillamente, el modo más “natural” (aquí en el sentido simple de aquello que resulta menos aparatoso e impostado) de entender algunos procesos de interacción tales como el desarrollo del lenguaje, las instituciones jurídicas, la moneda, la propiedad privada, los contratos, el mercado, entre otros—, consiste en concebirlos como órdenes que son fruto de la acción libre de los hombres pero que no han sido explícitamente preconcebidos por quienes, al actuar, han contribuido a su existencia.

Se pueden ofrecer algunos reparos a la exposición del tema del orden espontáneo que hace Zanotti. En efecto, la afirmación de que el orden espontáneo sería un tipo de orden que se le habría “escapado” a Aristóteles puede ser problemática. En este sentido, se echa en falta alguna referencia a temas como el de los hábitos, usos y costumbres, indudablemente presentes en la tradición aristotélica, y que podrían servir para rastrear el tema en el pensamiento clásico. Es cierto que el autor ha abordado esta cuestión con mayor detalle en otros sitios (cfr. los artículos mencionados en el prefacio); en todo caso, en esta obra el propósito es más limitado: se intenta exponer las virtualidades positivas que ofrece la noción de orden espontáneo en la reflexión sobre las instituciones y la interacción social. El punto fuerte de la propuesta reside en la clara presentación de un principio básico que a menudo no es tenido en cuenta cuando se analiza la vida social. De lo que se trata es de afirmar que el hombre es capaz de crear más redes de orden y cooperación de las que habitualmente concibe al actuar. La antropología cristiana y la teología natural ofrecen múltiples elementos que dotarían de bases firmes a esta intuición. Se pueden mencionar los siguientes: la concepción creatural buena de los entes, la asimetría entre el bien y el mal, el libre albedrío, la noción de gobierno y providencia divinas, entre otros. En este apartado también se ofrecen mayores precisiones respecto de la relación epistemológica entre los principios de filosofía cristiana asumidos y los elementos que caracterizan a una economía de mercado. Con ello se evitan los saltos indebidos que pretenden deducir con carácter necesario determinadas aplicaciones de políticas económicas coyunturales a partir de los principios teórico-conceptuales desarrollados. Zanotti no cae en una aproximación ideológica en la que los elementos filosófico-teológicos sean utilizados a modo de premisas funcionales de una pretendida demostración ‘científica’ respecto de cuál debe ser el mejor modo de organizar la vida social.

Finalmente, un par de ejemplos de que el análisis de estos temas no obedece a inquietudes meramente especulativas, que no tendrían mayor contacto con los problemas reales que sufren las personas en la actualidad, sino que afecta a puntos cruciales de la vida humana se puede observar en los dos últimos temas que toca este capítulo: una crítica *central* a la economía de mercado y el problema de los precios en el mercado libre. En primer lugar, se confronta una crítica muy extendida y

que ataca a la línea de flotación de la economía de mercado: el carácter corrosivo que padecerían las relaciones humanas en el mercado (alienación, manipulación, instrumentalización). Las páginas en las que se aborda esta cuestión resultan de gran solidez argumental, siendo una de las partes más interesantes del libro. Zanotti asume la parte de verdad presente en la objeción y, en buena lógica, lleva el razonamiento hasta sus últimas consecuencias. En efecto, “la posibilidad de manipulación del otro, como posibilidad moral, es innegable, o de lo contrario no habría libre albedrío. Es una posibilidad, por otra parte, no reducida sólo al ámbito del mercado, sino, después del pecado original, a toda relación humana en sí misma buena”. La respuesta preserva de cualquier divinización acrítica del mercado. Si todo lo humano es falible, obviamente, también lo es el sistema de libre mercado. No obstante, el desorden de estas relaciones es sólo una *posibilidad moral real* y no obedece a un *proceso necesario* de una determinada etapa de la historia (concepción marxista). Los graves problemas humanos de la alienación, instrumentalización de las relaciones, consumismo, vidas inauténticas, etc. no son intrínsecos a la lógica misma del mercado. Este matiz frecuentemente resulta desatendido en los enfoques historicistas, interesados por trazar grandes líneas de relación en los procesos históricos, y que desestiman los análisis a nivel micro de las redes de incentivos o motivaciones que envuelven a las relaciones humanas.

La ética de los precios es el otro punto conflictivo. Se aborda aquí el complicado problema de identificar qué es lo que determina el valor/precio de los bienes en el mercado. En la exposición se ofrecen los distintos marcos en los que se puede comprender el valor (valor estético, ético, moral, religioso, etc.) y la especificidad que adquiere la noción de valor *en el mercado*. Se exponen brevemente los elementos centrales de la *teoría subjetiva del valor*. Obviamente, afirmar la subjetividad del valor no supone negar la objetividad de lo real. Sin embargo, esto es difícil de aceptar por quienes defienden una visión objetiva y jerárquica de bienes, y que creen ver en la teoría subjetiva del valor algo así como la semilla teórica de todos los males vinculados al subjetivismo y emotivismo relativista. Sostener que la valoración de los bienes en el mercado es subjetiva implica afirmar que si un bien no es demandado en el mercado, sencillamente es debido a que ese bien no es valorado por los agentes libres que actúan en el mercado. Esto no implica que el bien no demandado no sea bueno o que no “debería” ser –desde un punto de vista moral, artístico, estético-cultural, religioso, u otro– valorado positivamente. Sencillamente, lo que implica la no demanda de un bien *en el mercado* es que las preferencias personales y subjetivas de los hombres que interactúan en el mercado no dan cuenta, aquí y ahora, de la necesidad de ese bien. En este contexto, la moneda y el sistema de precios adquieren especial relevancia como medios de coordinación inter-temporal de las expectativas y preferencias de los agentes. Con relativa independencia de la intención moral con la que los agentes actúen en el mercado, la acción de intercambiar económicamente bienes (la compra-venta de productos, bienes y servicios), supone la transferencia de *bits* informativos de gran riqueza y complejidad. El sistema de precios es un instrumento asombroso que sintetiza y hace inteligible la actividad de selección y preferencia de la multitud de agentes involucrados en la tarea. Por lo tanto, la manipulación de precios, aunque sea bienintencionada y obedezca a causas nobles y razonables (y que en algunos casos puede estar justificada *in extremis*), constituye una actividad que

no puede ser prevista en toda su magnitud y que, como consecuencia no prevista, suele introducir mayores niveles de descoordinación y desorden en la vida social.

El capítulo cuarto –*Hacia una ética de la producción y un análisis de la vocación empresarial*– presenta una valiosa reflexión sobre la vocación empresarial a la luz del llamado universal a la santidad. Pocas cosas resultan hoy tan contraculturales como afirmar el valor singular y admirable que tienen los emprendedores en la vida social. En este punto, se puede notar un fuerte punto en común con los textos del P. Robert Sirico (Acton Institute) en torno al espíritu empresarial entendido como vocación. En un contexto en el que todo el espectro de la ideología política suele coincidir en estigmatizar la avaricia, las actitudes insolidarias y la ambición desenfrenada, los autores que se dedican a distinguir esos desórdenes de lo que puede ser un genuino y legítimo espíritu emprendedor, sin duda hacen algo *distinto*. El desprestigio del que goza la actividad empresarial, en sí misma considerada, es sintomático de lo expandido que está el marxismo cultural. En la medida en que se considere al empresario como un agente que realiza una actividad casi intrínsecamente perversa seguirá siendo “normal” este “natural” rechazo que suele padecer. Además, el marxismo cultural dominante hace que muchas veces incluso algunas defensas que se hacen desde una perspectiva cristiana sufran de esta perniciosa influencia, adoptando así planteamientos maniqueos. A modo de test, pregúntese el lector si considera que los empresarios sólo pueden hacer medianamente bien su tarea en la medida en que tengan un sentido trascendente de la vida humana.

El libro cierra con algunas reflexiones que pueden impactar por el tono intimista y la transparencia del planteo. Se presentan ideas y autores que se intuyen muy cercanos al afecto del autor, y en donde se puede rastrear tal vez parte de lo que *incentiva* su exposición. El lector atento verá aquí con clara nitidez las huellas de un corazón sincero que vive abierto al diálogo de y con las realidades que ama. A lo largo de estas páginas se pueden encontrar armónicamente entrelazados, elementos aparentemente tan variopintos como el *alerness* empresarial (Kirzner), algunas imágenes que integran el acervo de la mística del desprendimiento, la intimidad y el matrimonio espiritual (San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Santa Teresa Benedicta de la Cruz/Edith Stein), y lo más granado de las enseñanzas de los filósofos del diálogo, respecto de la singularidad de la relación yo-tu y de la mirada humana (Buber, Levinas). Una auténtica *locura para académicos* y *escándalo para eruditos*.

Mario Šilar

EBEN – European Business Ethics Network

Universidad de Navarra

Instituto Acton Argentina